

Letras al margen:

# ESCRIBIR EN ÉPOCAS DE BARBARIE, ¿PARA QUÉ?

• EDUARDO ANTONIO PARRA

**DURANTE LAS ÚLTIMAS SEMANAS, O MESES —EN REALIDAD, DESPUÉS DE OCURRIDOS LOS BRUTALES SUCESOS DE AYOTZINAPA, CUERRERO—, CADA VEZ QUE ACUDO A UNA PRESENTACIÓN HAY ALGUIEN DEL PÚBLICO O ALCÚN PERIODISTA QUE PREGUNTA CUÁL ES LA FUNCIÓN DEL ESCRITOR EN EL MÉXICO QUE ESTAMOS PADECIENDO EN LA ACTUALIDAD. CON ALGUNAS VARIANTES, LA PREGUNTA SE REPITE SIEMPRE CON UNA INTENCIÓN SIMILAR: ¿CÓMO, O DE QUÉ ESCRIBIR EN EL MÉXICO DE NUESTROS DÍAS? ¿PARA QUÉ SIRVEN LA LITERATURA Y LOS ESCRITORES EN UN PAÍS COMO ÉSTE? ¿ES VÁLIDO SEGUIR ESCRIBIENDO EN UNA SITUACIÓN NACIONAL COMO LA ACTUAL?**



**A** caso las primeras veces que escuché preguntas semejantes intentaba responderlas en automático, con los argumentos habituales: que la misión de un escritor en situaciones como la que nuestro país atraviesa desde hace alrededor de una década es la de registrar los hechos, ya sea de manera simbólica, metafórica o literal, con el fin de combatir la amnesia que sin remedio aqueja a la población con el paso de los años; que, sin recurrir al panfleto o a la diatriba directa, el escritor realista lleva a cabo una denuncia contra el sistema y contra quienes detentan los poderes en el país con el simple hecho de plasmar la realidad tal como es; que nuestro trabajo es el de sacudir las conciencias presentes y futuras de quienes se acerquen a nuestra obra al mostrar en ellas, de modo artístico, lo que por lo regular la gente pretende ignorar volviendo la vista hacia otro sitio; que escribimos, en fin, para cuestionar los hechos y el porqué de ellos, para investigar acerca de las raíces del mal, aun cuando estamos seguros de que nunca obtendremos respuestas claras. Frases que, si bien son verdaderas y efectivas, poco a poco han pasado a acomodarse en el apartado de los lugares comunes del oficio de escritor.

Sin embargo, conforme las preguntas se suceden unas a otras, he comenzado a darme cuenta que esas respuestas, aunque lo parecen —porque se quedan callados, pero pensativos— no logran satisfacer a quienes las formulan. Y, la verdad, en ocasiones incluso dudo que me satisfagan a mí. Por ello, tras darles varias vueltas dentro del cerebro,

**SE TRATA DE REACCIONES ANTE LO INCONCEBIBLE, ANTE UN HORROR PROLONGADO DURANTE TANTO TIEMPO QUE CORRE EL RIESGO DE CONVERTIRSE EN COTIDIANO, Y POR LO TANTO EL DE IR ADORMECIENDO LOS SENTIDOS Y LA CAPACIDAD DE RESISTENCIA DE QUIENES VIVIMOS INMERSOS EN ELLOS.**

he decidido que es necesario intentar formular respuestas nuevas, argumentos que en realidad respondan a tales cuestionamientos; encontrar, en lo que es la vocación del escritor, algún aspecto o resquicio que se adapte a una situación política y social envuelta en el horror, como la que en la actualidad atraviesa México, que, si bien no es inédita del todo en nuestra historia, sí por lo menos lo es para las generaciones actuales.

Aunque lo que está ocurriendo en nuestro país —pese a que muchos periodistas y colegas han querido equipararlo— de ningún modo es comparable a las tragedias provocadas por la Segunda Guerra Mundial y al Holocausto, por alguna razón es imposible dejar de pensar en que algunas víctimas sobrevivientes de los arrebatos de la Alemania Nazi dijeron en su momento, no porque la situación sea igual a aquella, ni siquiera parecida, sino porque se trata de reacciones ante lo inconcebible, ante un horror prolongado durante tanto tiempo que corre el riesgo de convertirse en cotidiano, y por lo tanto el de ir adormeciendo los sentidos y la capacidad de resistencia de quienes vivimos inmersos en ellos. El escritor húngaro Béla Zsolt, por ejemplo,

quien se salvó de los campos de concentración gracias a que su médico le inyectó el virus del tifus para evitar que fuera trasladado a los trenes de la muerte, con el fin de que algún día narrara su experiencia, nos dejó las siguientes palabras:

Todo lo que había definido hasta ahora al hombre europeo había desaparecido a nuestro alrededor. Seguíamos viviendo, pero estábamos más muertos que los muertos de otras épocas, pues éstos tenían una tumba con una lápida y su nombre escrito en ella. Nosotros ya no tenemos nombre.

Palabras que, a la vez, representan un testimonio, una reflexión sobre lo ocurrido y una suerte de explicación de por qué se sigue practicando el oficio después de experimentar la barbarie de una época. Pero, al meditar en ellas pensando en el país actual, podríamos coincidir en que, para la generación actual de mexicanos, todo lo que había definido a México y a sus habitantes ha desaparecido. Lo que para los jóvenes era tan sólo una historia terrorífica con aires de leyenda escuchadas en un clima de relativa libertad y paz —las matanzas de

estudiantes en octubre de 1968 y en junio de 1971, por ejemplo—, con lo ocurrido en Ayotzinapa cobra una realidad irrevocable. Una realidad cuyas víctimas, junto con los otros miles de desaparecidos en el territorio nacional durante los últimos años —y siguiendo aún las frases de Zsolt—, al no tener “una tumba con lápida y su nombre escrito en ella”, están “más muertos que los muertos de otras épocas”.

El filósofo Theodor Adorno, por su parte, asentó: “Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie”. ¿Qué pensar de estas palabras? Si las trasladamos a nuestra época y a nuestro país, ¿significaría que escribir después de sucesos como el de Ayotzinapa es un acto bárbaro? No. Me niego a creerlo. Eso sería como añadir el silencio a la muerte. Sería como practicar la negación. Sería como condenar a los desaparecidos —y seguramente ya muertos— a expresar un testimonio, así sea éste a través de las palabras de los poetas o los narradores, a través de la ficción verdadera que sabe crear la literatura. Tal vez por eso el poeta Paul Celan nos dejó estas palabras —por las que me inclino más— que son una respuesta a Adorno: “Un poeta no puede dejar de escribir, mucho menos si es judío y su idioma de escritura el alemán”. Afirmación que interpreto, por supuesto, como un llamado a ejercer la resistencia a través de la literatura. ¿Resistencia a qué? A los embates de la realidad. Una realidad hostil, descarnada, terrible. Una realidad creada por otros —por quienes poseen la fuerza, el poder político, el poder económico— con la intención de someter a todo un pueblo por medio del terror.

En otro contexto, y en otro país, la gran poeta rusa Anna Ajmátova publicó en su poemario *Requiem* un texto que bien puede ayudar en esta reflexión. Lleva por título “En lugar de un prólogo”, y dice:

En los terribles años del terror de Yezhov hice cola durante siete meses delante de las cárceles de Leningrado. Una vez alguien me “reconoció”. Entonces una mujer que estaba detrás de mí, con los labios azulados, que naturalmente nunca había oído mi nombre, despertó del entumecimiento que era habitual en todas nosotras y me susurró al oído (allí hablábamos todas en voz baja):

—¿Y usted puede describir eso?

Y yo dije:

—Puedo.

Entonces algo como una sonrisa resbaló en aquello que una vez había sido su rostro.

De este breve texto de Ajmátova podría deducirse que quienes nos formulan a los escritores las preguntas referidas al principio de estas líneas, en el México de nuestros días, lo hacen con cierta esperanza que va más allá de la simple curiosidad; que lo hacen porque quieren escuchar una respuesta que los satisfaga, que les inyecte un poco de ánimo, tal vez algo de esperanza. Y acaso las expresan porque ven en nosotros, “sus” escritores, a sus portavoces, a la vanguardia en lo que se refiere a dejar asentado el descontento general, a quienes quizá podamos hacer algo a través de la palabra.

No sé si al cambiar las respuestas habituales, la expresión de quien cuestiona a los escritores mexicanos se modifique. Es posible que ninguno de nosotros esté capacitado para transmitir tranquilidad ni mucho menos para mejorar el ánimo de otras personas. Pero, siguiendo el ejemplo de algunos de los autores mencionados, ahora creo saber, al menos, para qué escribimos ciertos escritores en medio de la barbarie y del horror que nos ofrece como contexto el México contemporáneo. Sí, ahora puedo decir que escribimos, que escribo con el fin de impedir que desaparezca ese México que todos añoramos, ese México de algunos años atrás que, si bien no era el ideal, por lo menos era vivible, más vivible que el de ahora. Para recordarle a quienes detentan los poderes en esta nación —poderes políticos, económicos y fácticos— que sus abusos no serán olvidados y que tal vez las generaciones siguientes estarán en posición de cobrarles las cuentas pendientes. Para evitar la desmemoria que nos aqueja. Para resistir, para que ese contexto de horror en que estamos inmersos no consiga someternos del todo. Para impedir que nos acostumbremos a las tragedias al grado de que las veamos como la normalidad. Para tratar de reinventar un lenguaje demasiado gastado, contaminado de simulaciones y mentiras, para obligarlo a decir la verdad otra vez. Y, en fin, para tratar de extraer siquiera un asomo de sonrisa en los rostros adustos de quienes ahora sienten que sus fuerzas y su paciencia están por agotarse ante los horrores cotidianos. ●